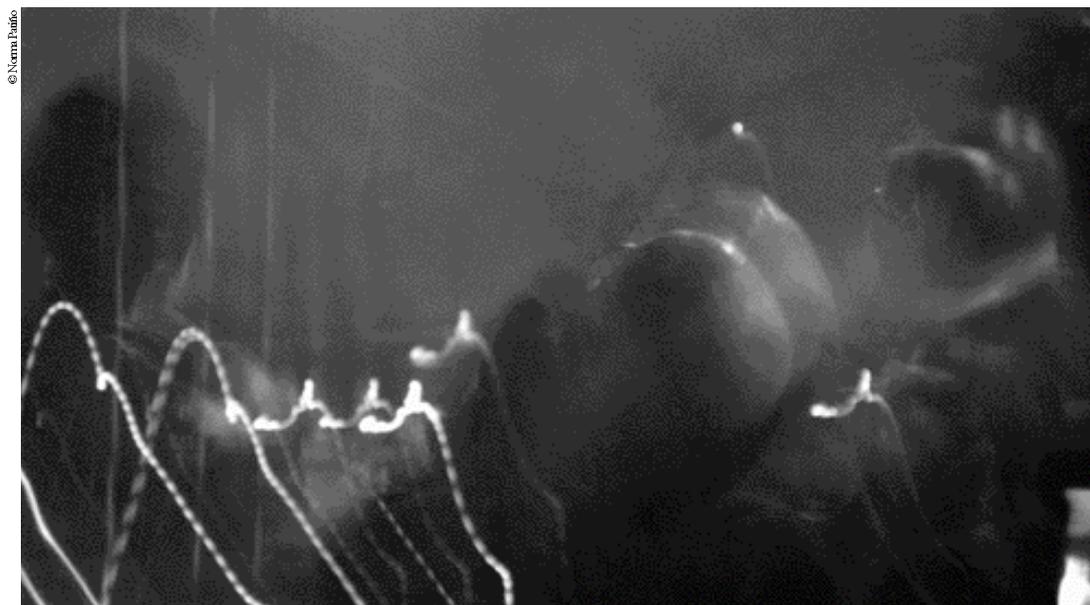


Los inicios

Andrés de Luna



© Norma Pardo

Berlín 2001

I

La llegada del año 2000 causa revuelos. En la Ciudad Lux la torre Eiffel luce como un majestuoso lugar común. Recorrer los Campos Elíseos para llegar hasta la Plaza del Trocadero significa una caminata que trae consigo la memoria de un París vivido de muchas maneras; desde los días juveniles hasta la acumulación de una infinidad de inviernos y veranos. Sólo que la nostalgia es una envoltura que resulta pegajosa e incómoda, es mejor ubicarse en el instante y observar esas “ruedas de la fortuna”, símbolos del tiempo que cambiará, al menos en los calendarios. Ríos de personas cruzan las calles para asistir al espectáculo de luces artificiales que se desarrollará en las inmediaciones de la Eiffel. El murmullo es ensordecedor, sobre todo porque algo falla: el minuterero del monumento parisino se adelanta y un par de minutos antes se desata la alegría. Las botellas de champaña resuenan al

unísono y las cascadas de luz son un tributo al fin de una época y la llegada, aunque fue polémica de muchos meses, de un nuevo milenio. A pesar de las multitudes callejeras nadie se mete con nadie o alborota, los júbilos están contenidos y los grupos de conocidos son los que se arrojan espuma de la bebida burbujeante o se relajan con botellas de tinto. Los ebrios abundan esa noche de esplendores inusitados. París vive la fiesta con encono y los viajeros comparten ese instante de belleza brutal, de algo que toca las vísceras y recorre los entusiasmos colectivos. El recuerdo es imborrable.

II

El nuevo milenio comenzó, según los expertos, en 2001. Noche aciaga en Berlín. Reunión en Alexander Platz. Mucho ruido y pocas nueces. Llegan modelos ataviadas



Río de Janeiro 2002

como si asistieran a una orgía y jóvenes musculosos de frac. Pura farsa que concluye de inmediato. Es preferible confirmar una reservación en el restaurante Ribbek, de los rumbos del barrio de Pankow del viejo Berlín oriental. El dueño es un portugués que ante la llegada de los comensales decide que el sitio continúe abierto, pese a que resulta costoso un acto semejante en pleno 31 de diciembre. Sus trabajadores deben cobrar un salario doble o triple según sea el acuerdo. La cena consiste en especialidades de Brandenburgo y el festín es soberbio, regado con Haut Brion y champaña Louis Roederer.

Al dar las doce de la noche se hace un alto, pues aún faltan los postres. Los habitantes del barrio tienen fuegos artificiales y los hacen estallar. La verdad es que, con un sentido casi íntimo, se llega al nuevo milenio en ese barrio

que tanto celebrara Bill Clinton en una de sus últimas giras como Presidente de los Estados Unidos. El momento fue espectacular. Al término de la cena fue interesante recorrer las calles berlinesas, tan cargadas de una historia trágica y de tantos esplendores pasados. El 2001 guiñaba el ojo desde lo alto.

III

Río de Janeiro es el inicio del paraíso. Al menos eso indica una geografía de formaciones rocosas espectaculares, de playas de arena suave y de una atmósfera que tiene la sensualidad del mar y sus personajes. La fiesta de fin de año se lleva a cabo en Copacabana. El ritual señala que se tiene que ir vestido de blanco y traer unas velas que deberán ofrendarse a la diosa del mar. Esta noche las aguas están en calma y todo transcurre en una atmósfera cálida. Las botellas de champaña están en una cubeta traída del hotel. Conseguir esa bebida celebratoria fue difícil, sobre todo porque los brasileños, de espíritu nacionalista, toman un líquido que quisiera ser lo que nunca será: ese oro plagado de burbujas y de sabor tan excelso al paladar. En fin, que desde Copacabana y con miles y miles de cariocas al lado llega el 2002. Los turistas prefieren observar la ceremonia de los fuegos artificiales desde las ventanas de sus hoteles de la avenida Atlántica, pero la verdad lo mejor es hacerlo, por lo menos una vez en la vida, desde estas arenas playeras y con una marea que se lleva las ofrendas que antes fueron franja luminosa. Pasadas las doce campanadas el bullicio es la única realidad de Río de Janeiro.

IV

En Bariloche, en la Patagonia argentina, la cena tiene el gusto de la mediocridad. La noche es fresca y un conjunto musical interpreta "La vida es un carnaval", una melodía que cantara Celia Cruz. Los bosques cercanos le otorgan al lugar un aroma peculiar en donde lo húmedo convive con un toque de resina de pino. Poco puede decirse de una celebración un tanto ajena, más bien fría en una Patagonia que en la víspera se vio espléndida con sus viandas ahumadas en el restaurante Müller; sin olvidar los asados y todo eso que se podía probar en una cena regada por vinos más que aceptables. En el caso de la cena de fin de año todo se quedó en promesas y en una variedad de platillos que ya son parte del olvido. La mesera, una rubia y desgarbada trabajadora, al ver las botellas de champaña que se abrían, lo único que pudo hacer es pedir una copa y brindar con los comensales. El inicio del año 2003 fue nebuloso y sin brillo. Bariloche dejaba abierta una deuda que tendrá que pagarse en el futuro.

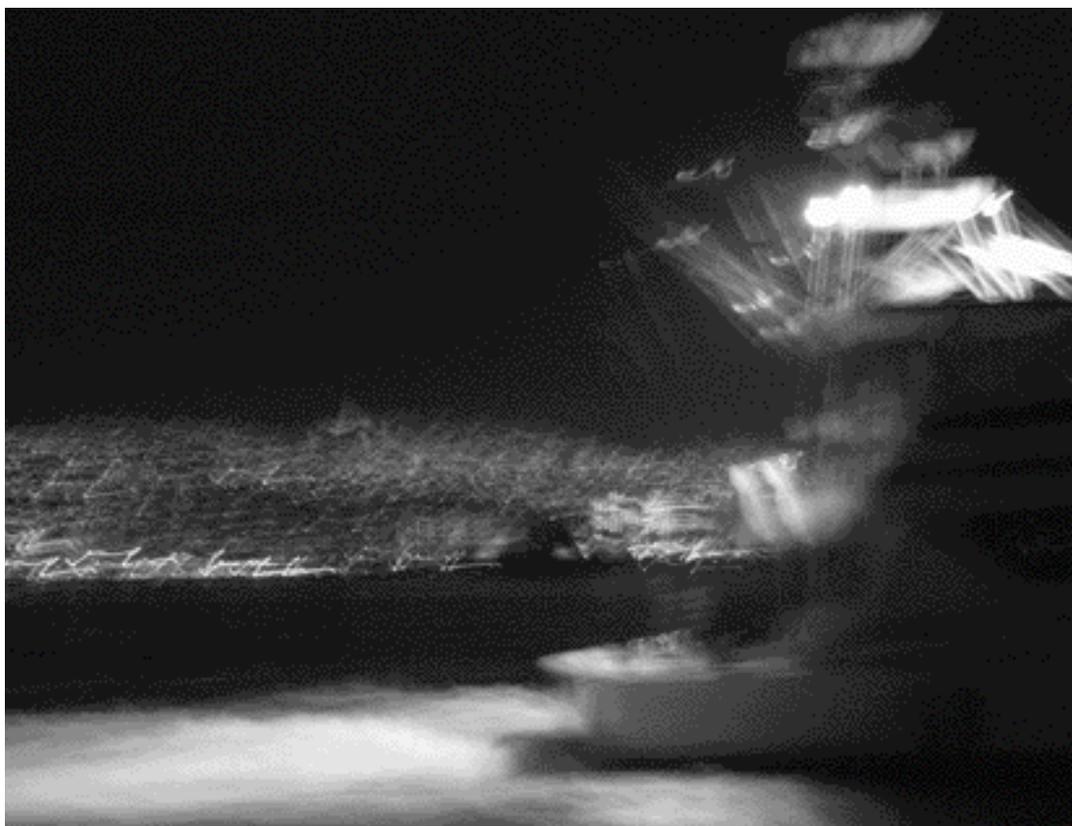
V

En una de las amplias instalaciones del antiguo diario ABC de Madrid se ubica el restaurante Pedro Larumbe; mientras que en la parte superior tiene otros salones a los que han denominado La redacción, porque en efecto aquí se ponían en claro las letras de los voceros de ese periódico de aires conservadores. En ese sitio de resonancias históricas se reservó una mesa para que llegue el año 2004. La mayor parte de los congregados son madrileños que saben de los buenos logros de Larumbe, una referencia en la gastronomía de la capital española. Con Sergio Arola y La brioche, la comida fue el día anterior; en tanto que el Sanceloni de Santi Santamaría había quedado en la memoria ingrata por las fallas manifiestas ante un *foie gras* a la sal que echó a perder el mesero al retirar la costra. En fin, que La redacción era el espacio adecuado para las celebraciones. De entrada se daban gorros y serpentinas para que llegado el momento cada quien hiciera su propio festejo. También era posible bailar en una pista a la que rodeaban las mesas. La cena tuvo la calidad esperada aunque los vinos fueron apenas apreciables y el brindis de año nuevo se dio con cava. Un elemento interesante fue el ir y venir de los meseros, ellos eran devorados por una puerta que luego los regresaba con nuevos platos y botellas. Esa danza interminable de malabarismos y acrobacias era parte de la noche. Luego de los abrazos y

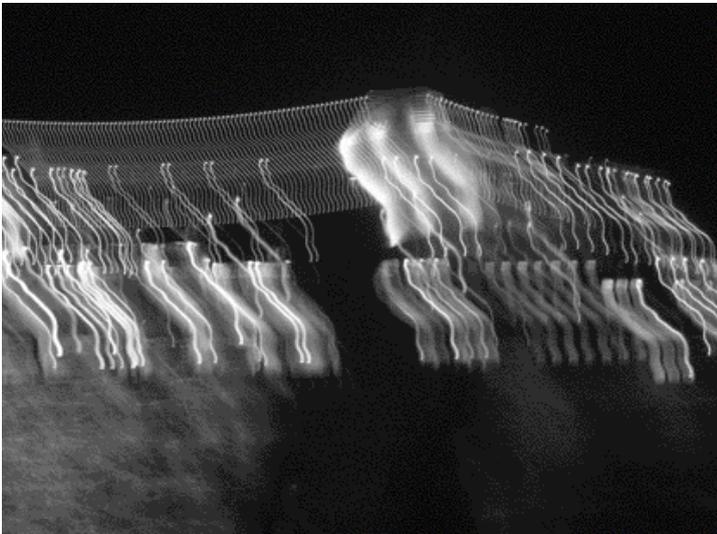
los besos, de los estallidos de júbilo y de los gritos tan castizos de los madrileños siguió casi de inmediato, en esos primeros minutos del año 2004, la insistente faena de esos hombres que hicieron una labor formidable con tal de dejar satisfechos a los comensales.

VI

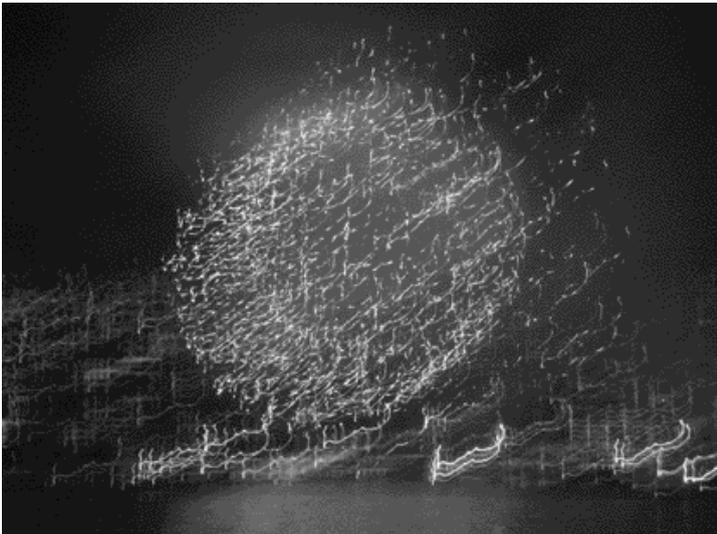
Barcelona tiene el encanto de la belleza. Una decisión repentina y la ciudad catalana fue la elegida para alcanzar el 2005. El error mayúsculo fue llegar sin reserva alguna y dejar que la suerte abriera sus alas para encontrar un hotel. Uno y muchos comieron varias horas del día 30 de diciembre, uno de ellos hasta con un conato de robo frustrado y una fastidiosa cadena de rechazos. Luego se dio la posibilidad de hospedaje en un lugar moderno y atractivo y con una tarifa que anunciaba un auténtico asalto. Era el pago por la falta de previsión. La llegada del año nuevo se dio en un restaurante oficioso que de ninguna manera ofrecía los deleites de un Ferrán Adrià. Simple y llana cena con algunas cosas apreciables y la mayoría menús que discretas. El techo de espejos ofrecía panoramas de valía, en medio del ocio y de las libaciones, un panorama que disparaba las imaginaciones. Situaciones cómicas, otras tensas o insustanciales que dieron el condimento para que transcurrieran los primeros minutos del año.



Acapulco 2007



Acapulco 2007



Acapulco 2007

VII

Alarcón es uno de esos pueblos fortificados de Castilla. Durante el invierno se vacía al punto extremo de contar con menos de un centenar de habitantes, unos dicen que son apenas sesenta. En el castillo medieval, con todo y esa torre excéntrica que mandara construir el infante don Juan Manuel, de tantas reminiscencias escolares por su

texto *El conde Lucanor*, son parte de una geografía única. El paisaje castellano con esos campos ralos, tan poco propicios para el cultivo, son un aviso melancólico, más aún cuando llega el invierno. El Parador de Alarcón, con esos muros altos y esas habitaciones tan acogedoras, son un espacio ideal para celebrar la llegada del 2006. Ahí se come y se bebe con avidez medieval. La glotonería exige caminatas por el pueblo. Sopla el aire frío de la tarde y los campanarios le otorgan al sitio un toque fantasmal. Luego vendrán las cenas con cord e rosados y jamones de Jabugo. Los Ribera del Duero llenan las copas que se vacían como si estuvieran quebradas. El aceite de oliva extra virgen sirve para remojar el pan y los días transcurren en medio de los placeres de la opulencia. En este lugar el mundo se resigna y su tiempo y sus maneras están a contrapelo de la celeridad posmoderna. Incluso, cuando llega el tránsito del año nuevo, la celebración está vista a través de lo que ocurre en Madrid. El contrapunto está dado por una televisión encendida y una vela que deja ver una filosófica llama que recuerda las anotaciones de Gaston Bachelard. En la noche de Alarcón lo negro tiene un tono aún más oscuro y las estrellas asoman sin tregua. El 2006 había llegado.

VIII

En la bahía de Acapulco un velero sin mástil atraviesa por aguas mansas. Pasar el año nuevo en el mar tiene ese atractivo que niega la tierra firme: la sombra de las olas. Ese vaivén que está unido a los brindis y el ojo que se alerta con los fuegos artificiales. La embarcación es minúscula y una que otra lancha de motor hace que el barquito deje la calma en paz. Todo está listo para que las botellas se abran cuando estén a punto de sonar las sirenas de los navíos. Al pasar junto a ellos se escucha la música de las fiestas, se trata de estar en el centro de la bahía en el momento exacto en que den las doce de la noche. El momento, y valga el lugar común, tiene la magia del instante. La construcción de la belleza radica en la posibilidad de observarla, de convertirse en espectador. En esos instantes se alcanza la hermosura sin más, con ese aliento que deja atrás los momentos álgidos del año que termina y deja las posibilidades abiertas para el 2007. Acapulco fue su bahía en esa noche de noches. **U**

Y se alcanza la hermosura sin más,
con ese aliento que deja atrás los
momentos álgidos del año que termina
y deja las posibilidades abiertas.